

El porqué de la "Gran aventura"

por Eduardo Borrell, S. J.

El dinero, la organización, los sacrificios, la propaganda y aun la misma oración no nos valen si nos faltan misioneros. Sencillamente verdad. Y esto nadie lo niega. Si de misiones se trata, misioneros. Sin embargo, es lo grave que faltan. La obra misional necesita más, muchos más hombres. Son aún pocos los católicos que viajan a los países de misión. No lo juzgamos conveniente. Sacerdotes y laicos, ¿no es verdad que podríamos fácilmente dar un gran impulso a la Iglesia en las zonas aún paganas?

Y sí, estimamos las misiones. La lectura de las gestas de esos hombres y mujeres valientes, su generosidad nos conmueve. Gustaríamos ser uno de ellos. Pero —cobardía, indecisión, falta de una plena toma de conciencia— al fin me parece que eso no es para mí. Me siento capaz, lo estimo, pero no voy porque no lo juzgo conveniente. Ciertamente algunos por lo menos de entre nosotros estamos equivocados, porque el caso es que la Iglesia sigue pensando que le faltan brazos para la siega.

La obligación de misionar pesa fuerte sobre la Iglesia. Misionar es término ambiguo. En realidad no es predicar simplemente. Misionar es, de cualquier modo, "cristianizar".

Todas las cosas son de Dios, divinas en este sentido, porque de El han brotado. El cosmos todo aspira a dos promociones, por las que se verá humanizado primero y después cristianizado. Las cosas alcanzan esta primera promoción por el simple recto uso que el hombre hace de ellas, y por el cual quedan ennoblecidas. Su cristianización se realiza cuando las tomamos con manos puras de bautizado, devolviéndolas así al Padre por el Hijo del que nos hemos revestido mediante ese bautismo. Así el deporte, y la política, y el cortijo y nuestros sentimientos. Así también aquellos a quienes llamamos ateos y paganos.

Pagano puede ser un hombre y una institución; igual una agrupación humana cualquiera, como la oficina a la que voy todos los días. Por esto tiene sentido auténtico hablar de misión cuando se trata de clases sociales determinadas. Por ejemplo, existen clases industriales en los países católicos que generalmente constituyen ahora un verdadero "estado de misión". Son misiones interiores. Las diócesis y sus parroquias que atienden a estas

N O T A S - N O

clases no son propiamente misioneras (dedicadas primordialmente a la evangelización), pero tienen actividades misioneras, además de las propias de una iglesia particular ya constituida (son estas últimas la catequesis de los ya bautizados, la administración de los sacramentos y todas las tareas "pastorales" encaminadas a la perfección de la vida cristiana). Las llamadas "misiones populares" muchas veces no son misiones con toda propiedad.

Misionar es cristianizar. Sus sinónimos: hacer Iglesia, cooperar al crecimiento del Cuerpo Místico, instaurar las cosas en Cristo. Y entiéndese todo esto en un sentido estrictamente extensivo. La definición ya prácticamente consagrada es trabajar por constituir a la Iglesia de manera visible, autóctona y estable, allí donde no se encuentra todavía constituida. "Implantarla" de modo que dé garantías de haber enraizado, construirla, engendrarla, educarla hasta su estado adulto: con uno u otro término, la idea es ya unánime entre los misionólogos y en la mente de la jerarquía.

Y es la cuestión que esta tarea de las misiones constituía "La preocupación del Romano Pontífice (Juan XXXIII), verdaderamente la primera cuando no la única". Son palabras de su discurso en la ceremonia de su coronación. Nosotros no pensamos así. Seamos sinceros. Hablando de verdad, nos parece una exageración del corazón bondadoso de nuestro Papa.

Todos sabemos de memoria las palabras que cierran el Evangelio de S. Mateo, con las cuales Jesucristo encargaba a sus seguidores la tarea de hacer llegar el Evangelio a todo el mundo. También las otras de S. Pablo que nos hablan de la angustiada expectación de las criaturas por ser cristianizadas y así descansar de nuevo en el Padre. Más que por piedad —y aparte, ¡qué concepto tan divinizado nos formamos a veces de nosotros mismos!—, es por necesidad por lo que tenemos que misionar. Como el fuego, que perece si no tiene nuevo combustible. Porque la vida de la Iglesia es por esencia expansiva.

Ciertamente es una aberración el tratar de las misiones a puro golpe de estadísticas y arrebatos. Es una forma de naturalismo como otra cualquiera. Los nerviosismos y angustias dicen mal con una obra de cuyo resultado es Dios en último término el garante. Ni aun como obra humana conducen a nada. Sin embargo, naturalizamos también la empresa misional y

T A S - N O T A S

los planes divinos cuando, providencialistas, corregimos de la siguiente manera: no hay que perder el sueño por los paganos. Conocemos mejor a Dios. Si somos nosotros, y al fin ya nos vamos comprendiendo y disculpando unos a otros. Dios salva a los que tienen buena voluntad. Es más, éstos, los elegidos, incluso pertenecen ya de manera invisible a la Iglesia. Basta con que la obra misional se lleve a cabo como una forma más de apostolado, la de los fervorosos... y los aventureros por compleción.

Hay quienes tienen como una adquisición el hablar así, y sin embargo esa es una triste teología. El fondo del asunto ha quedado intacto. En ese fondo sigue reposando el limo del mismo supuesto naturalista, y era éste el que había que remover: es preciso devolver su pura integridad sobrenatural a la aventura del misionero. Se ha procedido sobre el supuesto de que todo cuanto tiene que hacer el misionero es llevar almas al cielo, y cuantas más mejor. Y entonces, claro, toda la cuestión descansa sobre si de hecho se salvan o no; entonces vienen los que nos dicen que es más productivo emplear tres sacerdotes en una parroquia urbana de 50.000 almas bautizadas, que consumir "inútilmente" los esfuerzos de diez en una Prefectura apostólica con un radio de acción bastante menor, y éste problemático.

Por algo P. CHARLES insistía en que no es discusión de simples palabras la de si debe considerarse como objetivo primordial de la misión la salvación de los hombres que ignoran a Cristo o la implantación de la Iglesia. Efectivamente; no es lo mismo, y hemos visto las consecuencias. No se implanta la Iglesia tan sólo para que sirva de medio de salvación, sino que el mismo crecer de la Iglesia, Cuerpo Místico, el mismo implantarla es ya el fin. Ni es admisible el rebajar la cuestión hasta llegar en serio a la fórmula de que "a fin de cuentas se van a salvar, pues que —fieles a la ley natural— llegarán a ser miembros de la Iglesia, aunque invisibles" (1).

No interesan las fórmulas, es cierto; pero sí las actitudes que suponen. Y ciertamente esta actitud no se corresponde con la finalidad que

(1) A propósito de esta mentalidad dice H. DE LUBAC: «...La conversion de l'infidèle au christianisme... ne doit pas seulement lui permettre d'atteindre plus aisément un certain état-limite: elle doit le mettre en mesure d'exercer un acte toujours plus excellent. Le christianisme apporte avec lui des possibilités, mais aussi, du même coup, des obligations et des responsabilités nouvelles, et plus la vérité de ses mystères s'impose à la méditation d'une âme, plus la salut de cette âme doit-il, en quelque sorte, élever son niveau» (H. DE LUBAC, *Le fondement théologique des missions*. Paris 1946, pág. 38). Este «cierto nivel» parece normalmente imposible alcanzarlo sin los auxilios de los Sacramentos.

(2) cfr. Eph. 4, 11-13.

San Pablo asignaba al quehacer apostólico: que alcance la Iglesia la plenitud de Cristo en la unidad de la fe (2). Nunca conviene perder de vista que la tarea misional no queda concluída en una simple obra humanitaria. Ella mira primariamente a Dios.

¿Quién no ha oído estas ideas?. Fortalezcámonos primero nosotros, vamos a afirmar las antiguas posiciones. No es justo ni prudente abandonar las zonas ya cristianizadas. Cuando éstas se encuentren bien atendidas, podremos fácilmente acudir a los otros países donde la Iglesia aún no se encuentra establecida. Antes hemos de ayudarnos a nosotros mismos.

No dejará de impresionar el que precisamente el Cardenal Feltin, con toda la "Mission de Paris" en casa, piense que "... no le agrada a Dios el que esta fiebre de conquista en el medio ambiente desemboque en la negligencia por el servicio de las misiones extranjeras, so pretexto de codearse con paganos todos los días" (3). En primer lugar aquí hay que decir que contamos con muchos más apóstoles de los que aparecen. En realidad cada bautizado es un apóstol. Nos pueden hacer pensar iniciativas como la de Mons. Gerard Couturier en Hauterive (Canadá). Ha puesto en manos de los seglares el Colegio Clásico de la ciudad, que hasta ahora dirigían los religiosos. En una Carta Pastoral a su diócesis ha declarado que tiene confianza en el laicado y éste debe venir a sustituir a los sacerdotes, que deben reservarse "exclusivamente para el ministerio de la palabra y de la oración."

Pero además es que nos envejecemos hurgando y hurgando nuestras propias heridas, sin lograr restañarlas. Es una ley psicológica y cristiana: que aumente el número de misioneros, hombres y mujeres, religiosos, laicos y sacerdotes. Cuando podamos presentar sus cartas y sus fotografías, las relaciones de sus trabajos; si han sabido morir a sí mismos para redimir y hacer Cristo las culturas todavía no cristianas; si ellos son "de verdad". la Iglesia aparecerá como es, hermosa y atrayente. Nos habremos ganado a los mejores, los que importa, los nuestros, porque todo hombre, como todo lo que es, desea ser cristiano aun sin saberlo (4).

(3) Card. FELTIN, *La siège Apostolique et les missions*. Roma, 1951.

(4) Como complemento del presente artículo se puede consultar: LUIS y ANDRÉ RETIF. *Para una Iglesia en estado de misión*. Colecc. «Yo sé-yo creo» núm. 101. Andorra 1962. De interés son los dos artículos de J. MASSON, aparecidos en *Nouv. Rev. Theol.* 80 (1958) pág. 1.042: 81 (1959) pág. 41. Son 37 páginas en las que se recogen las ideas misionológicas fundamentales de P. CHARLES.